

LOUIS V. GHIS ETTI

ANTORCHAS

El escenario parece desierto. Representa un cuarto en una casa del sur, bastante sencillo, casi vacío. A la derecha, una puerta. Unos muebles: mesa, asientos, baúl, poltronas, "ad libitum". En el fondo, una ventana muy ancha da paso a una terraza terminada por una balaustrada: se entiende que hay una escalera por donde se baja a la callejuela. Muy a lo lejos, el mar. Verano: calor. Va a caer la tarde; al fin del acto, habrá anochecido. Contra la parte derecha de la ventana, mirando pues a la izquierda, se apoya una joven: Isabel. Silban balas, por momentos, y se acaba el ruido.

ESCENA I

Isabel, Doña Ana

Doña Ana (no se ve) —Isabel!

Isabel.—Qué hay?

Doña Ana.—Vuélvete.

Isabel (se queda inmóvil) —Sí.

Doña Ana (entra) —No quieres entrar?

Isabel.—No. No puedo (Un tiempo). Sigue la lucha. Vente a ver: hay humo en la colina.

Doña Ana.—Vuélvete, Isabel. Acabarán por herirte.

Isabel.—Ellos, allá... ellos también están en peligro.

Doña Ana.—Y quién les mandaba a meterse en eso?

Isabel.—Nadie. Se fueron porque había que ir. Están en lo cierto. De poderlo, haría como ellos.

Doña Ana.—En lo cierto, en lo cierto... Qué significa estar en lo cierto? Nunca se está en lo cierto contra los poderosos.

Isabel (se alza de hombros) —Si uno supiera lo que pasa, al menos...

(Algo cae en la terraza).

Doña Ana (se precipita) —Belita... te hirieron?

Isabel.—No, madre. Es una bala perdida. (Entra).

Doña Ana.—Todo esto acabarà mal, lo presiento.

Isabel.—Como si todo estuviera bien, antes...

Doña Ana (duda) —Bueno...

Isabel.—Díme: no entiendes la rebelión.

Doña Ana.—Y tú, la compartes?

Isabel.—Compartirla, no sé. Pero se había hecho necesaria, ves, cómo la brisa del mar cuando se vuelve pesado el tiempo. Y hacía tanto calor...

Doña Ana.—Siempre hace calor o frío para los pobres.

Isabel.—No somos pobres, madre, (violentamente) sino que nos quitaron, nos robaron la dicha.

Doña Ana.—Y el gobierno, qué tiene qué ver en eso? Dirige: si son malos los hombres, no tiene la culpa.

Isabel.—Es la autoridad la que es mala.

Doña Ana.—Y cómo piensas saberlo, tan joven? No sabes nada de la vida.

Isabel.—Lo siento como si me hubieran escogido de primera víctima. Tú, madre, no te sientes commovida?

Doña Ana.—No, Isabel.

Isabel.—Pero tú, y mi padre, y sus padres, no se oponían a la maldad, no se levantaban contra la injusticia?

Doña Ana.—No pensábamos en tántas cosas. Hemos tratado de hacer nuestro deber, día tras día.

Isabel.—Sí, sin duda. Pero había otro, quizà.

Doña Ana.—No sé. A ninguno de nosotros nos lo dijeron.

Isabel.—No: ese deber, uno mismo tiene que encontrarlo, y es tan difícil... (Vuelve a la ventana). Siguen luchando, madre. Sobre el cuartel hay nubecillas blancas.

Doña Ana.—Locos: poner sitio al cuartel! (Un corto tiempo). Se fue Marco, también?

Isabel.—Sí, se fue. No me habría gustado que se quedara.

Doña Ana.—Y tú, qué harías si se quedara... allà?

Isabel.—Sé que volverà.

Doña Ana.—Ojalà vuelva! (Se persigna. Un corto tiempo). . .

Isabel.—En dónde se esconderà Angélica, madre? En toda la tarde no la ví.

Doña Ana.—Angélica? Estará en el patio. Pobre niña, tan inocente...

Isabel.—No pide tanta tristeza, madre. Vive feliz. Es feliz. Ve cosas distintas de nosotros. Pobrecita Angélica, tan buena...

Doña Ana.—Cuando me muera, Isa, no la dejarás?

Isabel.—Yo, madre? Dejarla sola en la vida, o encerrada en un manicomio? No, cuando me lleven, serà con ella.

Doña Ana.—Tal vez no la quiera Marco.

Isabel.—Si me lleva, tendrá que llevarla también. Y tú, madre, no debes morir: tienes que quedarte con nosotros por mucho tiempo.

Doña Ana.—Nunca se sabe. Las desgracias llegan tan pronto, ahora...

Isabel.—Te causa angustia la revolución, madre.

Doña Ana.—Por supuesto. Como a tí. Pase lo que pase, a nosotros nos vendrán las dificultades, los secuestros...

Isabel (a la ventana) —Me da miedo, madre. No se oye nada más. Si los hubieran vencido...

Doña Ana.—Vencidos o vencedores, poco importa, si viven. (Mirando a Isabel, que se volvió de espaldas) Lloras, niña?

Isabel.—No, no puedo. Estoy demasiado preocupada. Nosotras las mujeres, tenemos que permanecer alejadas, tenemos que esperar, como clavadas...

Doña Ana.—Qué quieras, Belita, a nosotras nos toca esperar.

Isabel.—Esperar qué?

Doña Ana (con un gesto de impotencia) —Todo y nada. Lo que pase.

Isabel.—Es la primera sublevación que ves, madre?

Doña Ana.—No, yo me acuerdo, hace... hace treinta y dos años. En esa época, era yo como tú ahora...

Isabel.—Y qué pasó, entonces?

Doña Ana.—No lo sé más, ahora. Hace tantos años...

Isabel.—A pesar de todo, jamás podré olvidar ese día.

Doña Ana.—Pensaba entonces como tú. Y otros reveses han pasado, han llegado otras penas...

Isabel.—Mamá, dónde está Angélica? Estoy preocupada por ella también. Si se hubiera ido, si la hubiera alcanzado una bala...

Doña Ana.—No salió. La dejé en su pieza. (Se dirige hacia la puerta): Angélica... (Nadie responde). Contesta, Angélica...

Isabel.—Ves? Se ha ido. (Grita, ya llena de angustia): Angel mío...

ESCENA II

Isabel, Doña Ana, Angélica

Angélica (Primero no es sino una voz, que parece venir del cielo raso). —Aquí estoy, Isa.

Isabel.—Dónde?

Angélica.—En el cielo.

Isabel.—Vénte pronto, Angélica. Te podría pasar algo.

Angélica.—No se puede, Isa: tengo dos nubes que me acompañan, una azul y la otra púrpura.

Isabel.—Angélica, nena mía, baja pronto.

Angélica.—Un momento, Isa. Se fue mi escalera blanca. Tengo que llamarla. Ya viene... (Pasos. Llega por fin, dulce, como maravillada; sobre su vestido hay polvo y telarañas).

Isabel.—Por fin llegas. (La abraza). Estás toda sucia.

Angélica.—Es el polvo de las estrellas.

Isabel.—Tal vez. Qué hacías arriba?

Angélica.—No te lo puedo decir.

Isabel.—A tu hermana Isa, no quieras decírselo?

Doña Ana.—Quédate con ella, Isa. Bajo a preparar la comida.

Isabel.—Voy a ayudarte.

Doña Ana.—No, aquí me ayudarás mejor. Quédate con ella.

Isabel.—Si quieres...

(Doña Ana sale).

ESCENA III

Isabel, Angélica

(Isabel ha ido a la ventana; vuelve).

Isabel.—Angélica, bien mío, por qué te fuiste, por qué me causas tanta pena? Siempre tengo miedo por tí, y desapareces sin una palabra; se te busca, te fuiste. Y afuera sube la revolución.

Angélica.—La revolución. A qué se parece esto?

Isabel.—No se podría decir. A la selva, cuando grita el viento; al mar, cuando viene subiendo, sabes, cuando echa sus monstruos en la arena.

Angélica.—Es eso, la revolución?

Isabel.—Sí, Angélica, eso es, en parte. (Un tiempo).

Angélica (bajo). —Isa...

Isabel.—Qué hay, mi bien?

Angélica.—Lo sabes, Isa, veo cosas para mí, para mí sola. Si tú quisieras, te las contaría a tí.

Isabel.—No, fuiste mala hoy. Tienes secretos para con tu hermana.

Angélica.—Los secretos, las cosas ocultas: son flores en la noche. No las ves. Cuando pasas cerca de ellas, sin embargo, te hablan, son tuyas. Yo, yo también soy tuya.

Isabel.—No, no eres únicamente mía. Perteneces a tus nubes. Vuelves a ellas.

Angélica.—Allá voy a encontrarte.

Isabel.—Qué encuentras, niña de mi vida? Madrecita, Marco?

Angélica.—Madrecita? Vive aquí, en esa casa de tierra. Marco? Qué es Marco?

Isabel.—Pues conoces a Marco, niña. Ese joven que viene por las tardes, cerca de la terraza. A veces te habla, y te trae dulces.

Angélica.—No, no es Marco.

Isabel.—Sí, es él.

Angélica.—En la terraza, he visto ojos que brillaban, he oído palabras que pasaban: no era Marco.

Isabel.—Quién era, pues, angel mío?

Angélica.—No sé. Una boca, unos ojos. Nino...

Isabel.—Nino? No sabes lo que dices.

Angélica (la mira, se acerca a ella) —Crees?

Isabel (perturbada) —Te lo aseguro.

Angélica.—Si lo aseguras, pues... (Un silencio). Quieres saber dónde me fui?

Isabel.—Un momento, Angélica (Vuelve a la terraza, se inclina). Nada, siempre nada; si pudieras entender mi impaciencia...

Angélica.—Esperas una gran noticia?

Isabel.—Sí.

Angélica (con una alegría grave). —Lo sé: es la dicha lo que estás esperando.

Isabel (como para ella misma) —No se espera a la dicha entre las balas. (Un silencio). Dónde te fuiste hace un momento?

Angélica.—Te lo dije: en el cielo. En la luz azul, había nubecillas blancas. Crecían como flores.

Isabel.—En el cuartel también, había nubecillas blancas. Y cada vez era la muerte.

Angélica.—En mi cielo, nadie habla de muerte.

Isabel.—Quién te habla, entonces?

Angélica.—Los colores y el viento. Y tú.

Isabel.—Yo también.

Angélica.—Tú más que todo.

Isabel.—Como quieras, niña... (La abraza).

Angélica.—Sabes, cuando me voy, no hay que tener miedo. Mi escalera blanca viene conmigo, se extiende y paso. No me puedo caer: tengo tantas cosas que hacer.

Isabel.—Qué cosas?

Angélica.—Tu dicha, lo sabes.

Isabel.—Mi dicha... Es muy difícil para tí. No es obra que te convenga...

Angélica.—Pues sí, es muy sencillo. Basta con saber y aceptar.

Isabel.—Aceptar sin escoger?

Angélica.—Uno piensa que escoge...

Isabel.—Escoge para mí, Angélica. Escoge a Marco...

Angélica.—No conozco a Marco, pero sé que va a venir alguien que lleva ese nombre, y traerá la victoria.

Isabel.—Me lo aseguras?

Angélica.—Como te latió el corazón, Isa. ¡Sí, vendrá!

Isabel.—Habla, habla más, hada mía. Y qué hará?

Angélica.—No se lo ve. Tendrá su cortejo, su comitiva, sus antorchas, y gritos alrededor. Y ruido...

Isabel.—Te estoy escuchando, Angélica, como si pudieras adivinar, y olvido. Olvido, y él agoniza tal vez...

Angélica.—Isa, hermana mía, tan bella...

Isabel.—Déjame, sí; me volvería mala; la desgracia no nos hace buenos, ni tampoco la incertidumbre...

Angélica.—Por qué no me quieres creer, Isabel?

Isabel.—Cómo podría creerte, niña, cuando se matan hombres, cuando tal vez haya muerto mi novio? Y yo, arrullada por tus palabras...

Angélica.—Ven más cerca. Te seguiré arrullando.

Isabel.—No, si sufre él, yo también quiero sufrir.

Angélica.—Ya te dije que no sufre.

Isabel (un grito) —Murió?

Angélica (grave) —No.

Isabel.—Te hago preguntas, y cada respuesta tuya me tortura. Y al estar sola... (Se va a la ventana). Qué tiempo, Dios mío. Ese sol que no quiere bajar... No acabará nunca ese día? No hay nadie en el cielo, para que ponga término a la lucha, para dejar vivos aquellos hombres? La vida no más, la vida llana, sencilla...

Angélica.—No es tan sencilla la vida como tú crees.

Isabel.—Ay, no sé más lo que puedo creer; no sé sino esperar, hacer votos inútiles...

Angélica.—Y yo no puedo nada por tí: me rechazas...

Isabel.—No te rechazo, lucecita mía, pero tengo que sufrir, que hacerme daño...

Angélica.—Si lo quieres, por qué tienes que sufrir?

Isabel.—Para merecerlo.

Angélica.—Tendrás su victoria.

Isabel (dura) —Yo soy su victoria.

Angélica (muy bajo). No: eres más que la victoria.

Isabel (desesperada) —No, no soy nada, nada. Y nadie me presta ayuda. Hasta madre que no me aceptó. Las mismas balas me tuvieron lastima, en la terraza.

Angélica.—No te acuerdas que eres sagrada?

Isabel.—Angélica, no sabes lo que dices.

Angélica.—Tal vez. Lo que sé, son palabras y encantos, imágenes y músicas. Y con todo esto, hago como una pared que te protege.

Isabel.—No me puede proteger de mí.

Angélica.—Me voy a ir, entonces, Isa. Déjame volverme al sitio de donde me vine.

Isabel.—Quédate más conmigo.

Angélica.—No, me voy: huyes de mí.

Isabel.—No huyo de tí, mi bien, sino de tu consuelo.

Angélica.—Por qué no lo aceptas?

Isabel.—No soy digna de él. Tengo que afligirme, que sufrir, para redimirlos de sus sufrimientos y sus penas. Y tus manos me rodean, y tejen alrededor de mí una red dorada, una jaula de mentiras...

Angélica.—Qué significa esto, mentiras?

Isabel.—Ya lo sabrás. No te lo quiero enseñar...

Angélica.—Enséñamelo, Isa. Mamá, es una mentira?

Isabel.—No, nifita.

Angélica.—Marco, es una mentira?

Isabel.—Por qué continúas? No ves cómo me persigues?
(Un silencio).

Angélica.—Isa...

Isabel (como en un ensueño) —Angélica...

Angélica.—Y tú, tú eres una mentira?

Isabel.—No me lo debes preguntar a mí. Pregúntalo a Marco. Sabrá decírtelo.

Angélica.—Lo crees? Y qué va a decirme?

Isabel.—Te dirás: "No, no es posible", o "No hay que hacer esas preguntas". O quizás te conteste: "Talvez..."

ESCENA IV

(Doña Ana entra).

Isabel, Doña Ana, Angélica

Doña Ana.—Nada nuevo, siempre?

Isabel.—Nada, nada. Angélica diciéndome cuentos.

Doña Ana.—Creía haber oído un rumor.

Isabel.—Y por qué no me lo decías? (Se precipita a la terraza). No veo nada. Qué angustia... Creo que voy a bajar.

Doña Ana.—No. Estarás en peligro, y no sabrás nada más.

Isabel.—Pero no entiendes, madre, que cualquier cosa es preferible a esta angustia? Me parece ver algo... sí, es un grupo: se separan. Uno de ellos va a pasar por aquí.

Doña Ana.—Lo conoces, por lo menos?

Isabel.—No, por cierto. Qué importa? Como camina pasito... Nunca va a llegar.

Doña Ana (a la ventana) —Tampoco lo conozco. De veras quieres hablarle?

Isabel.—Aun a costa de mi vida... Ojalà pase aquí: va a doblar la esquina...

Doña Ana.—Càlmate, Belita; si éste no es, vendrán otros.

Angélica.—Tàntos otros...

Isabel.—Oh, càllense, ambas... Como si se pudieran esperar semejantes noticias... (Se inclina, llama): Amigo...

Doña Ana.—Pero estás loca, Isabel: sabes solamente...

Isabel (interrumpiéndola) —Camina con dificultad: debe estar herido... Pobre hombre! (Un nuevo grito): Amigo...

ESCENA V

Isabel, Doña Ana, Angélica, La voz

Una voz (Bajo la terraza) —Qué pasa?

Isabel.—Amigo... quién ganó?

La voz.—No sé; me hirieron durante el tiroteo: me han traído aquí en camión.

Isabel.—No vio nada, entonces?

La voz.—Sí, vi caer a muchos.

Isabel.—Sí, sí... fue terrible, pues?

La voz.—Bueno, morir así o en otra forma... Lo terrible es estar herido.

Isabel.—Por supuesto. Quiere entrar, descansar un ratico?

La voz.—No, quiero ir a casa, a que me curen.

Isabel.—Digame... Mi novio se fue allà, con los otros. Marco: lo conoce? Estaba con los del barrio.

La voz.—Ah... era por eso? No, no lo conozco, pero se quedaron muchos de por aquí.

Isabel (como ahogada) —Muchos, de veras?

La voz.—Bastante, pues... Aquítese usted. Volverá, seguro. Las balas van a los pobres tipos.

(Disminuye el ruido de sus pasos).

ESCENA VI

Isabel, Angélica, Doña Ana

Isabel (vuelve) —También él era un pobre tipo.

Doña Ana.—Era? Por qué “era”? Lo vas a ver llegar luégo, contento...

Isabel.—Mamà...

Doña Ana.—Pues, contento... quería decir contento de haber escapado.

Isabel.—No escaparà.

Doña Ana (va a la terraza) —Verás cómo consigo noticias mejores que las tuyas. Con un poco de paciencia...

Isabel.—No tengo más paciencia.

Doña Ana.—Cuando tengas mis años... Ahí viene un joven, saliendo del callejón. Joven, por favor?

ESCENA VII

Isabel, Doña Ana, Angélica, otra voz

La voz.—Qué?

Doña Ana.—Dígame... Usted conoce a Marco, por supuesto?

La voz.—Pensaba que me iba a preguntar de la lucha...

Doña Ana.—Perdone: lo debía hacer, por supuesto. Pero entenderá usted: Marco es el novio de mi hija.

La voz (burlona) —Claro, si es el novio de su hija, pasa antes de todo, se entiende.

Doña Ana.—No es esto lo que le pregunto.

Isabel.—Déjame, mamà (bajo). Hay que excusarlo, estuvo en la muerte. Amigo: cómo fueron las cosas, allà?

La voz.—El cuartel va a rendirse luégo. (Un breve silencio). Es de usted de quien es novio Marco?

Isabel.—Sí: vive todavía?

La voz.—Por supuesto, vamos... No va a dejarse matar.

Doña Ana.—Lo conoce usted, en fin de cuentas?

La voz.—Deje, deje... si es lo que pienso, debe de estar herido.

Isabel.—Ah... (con voz ahogada) Es grave?

La voz.—Cómo lo voy a saber? Esperen que vuelva.

Isabel.—Si es que vuelve.

La voz.—Bueno... volverà. Buena suerte, mientras tanto.

(Se oyen sus pasos).

ESCENA VIII

Isabel, Doña Ana, Angélica

Isabel.—Ves? Te lo había dicho.

Doña Ana.—Y éste, qué sabe? Ni siquiera lo conoce.

Isabel.—Lo hizo por no asustarme, lo sé.

Doña Ana.—Prestas a los demás tus propios sentimientos... Quiso mostrarse informado. Apuesto a que nunca lo vio. Primero, con la cara que tenía...

Isabel.—La cara de un soldado. No embellece a los hombres. Y tú lo detuviste.

Doña Ana.—Lo detuve, sin duda... pero le encantaba dárselas de importante. Todos los mismos, estos rebeldes...

Isabel.—No lo creo. Ir a situar un cuartel, no es dárselas de importante: es buscar un mundo mejor, tal vez.

Doña Ana.—No creo que se edifique a tiros un mundo mejor.

Isabel.—Madre, madre: tienes la crueldad de la vejez.

Doña Ana (sencilla) —Soy tu madre, sin duda.

Isabel (con un poco de amargura) —Sí, tienes experiencia.

Doña Ana.—Créeme, Isabel: se adquiere sin placer. Si te la impongo, es por tu bien.

Isabel.—Mi bien son mis ilusiones.

(Entra Andrés).

ESCENA IX

Isabel, Doña Ana, Angélica, Andrés

Isabel.—Tú, Andrés? Volviste?

Andrés (grave) —Sí. Marco también.

Isabel (vacilante) —Marco... vive?

Andrés (con una alegría fingida) —Claro, vive: hasta vive intensamente...

Isabel.—Y qué es su herida?

Andrés.—Su herida? No estaba herido cuando lo dejé, después de la batalla. Quién le dijo que estaba herido?

Doña Ana.—Un parlanchín que pasaba delante de la casa. Queríamos tener noticias, pero mejor sería dirigirse a una campana en movimiento...

Isabel.—Pero tú, Andrés, estás herido?

Andrés.—Nada: unos arañazos.

Isabel.—Quédate, quieres? Te cuidaremos.

Angélica.—Sí, quédate. Te diré mis cuentos.

Andrés.—No, no, Angélica, nada de cuentos hoy. La enfermería se encuentra cerca. Aquí traería mucha complicación... (una vaga sonrisa) y Marco podría estar celoso.

Isabel.—Cómo estás de niño, Andrés...

Andrés.—Hasta esta mañana, tal vez.

Isabel.—Muy duro estuvo lo de hoy?

Andrés (su cara queda un poco contraída) —Duro... no es esta palabra la que emplearía: es algo distinto, más inhumano: (como si buscara sus palabras): como una presencia de la nada. En aquellos momentos, los hombres no son más hombres: animales no más, máquinas de precisión, que hacen los gestos necesarios: defenderse, matar...

Doña Ana.—No pareces apreciar en su valor la victoria: tu victoria.
Andrés.—No es mi victoria: es más que todo la de tu novio, Isabel.
Isabel.—Por qué? Qué hizo? Cuenta.

Andrés.—Es complicado decirlo. En una pelea como aquella, cada uno piensa en defender su existencia, en prolongarla unos minutos más. No invita esto a curiosear. Pero sí sé que se le debe la toma del cuartel.

Isabel.—No es posible, Andrés.

Andrés.—Por supuesto, es posible. Hasta es seguro. (Palidece) Permite que descansen? Me siento fatigado. (Cae en una silla, cierra los ojos, calla un instante).

Doña Ana.—Ayúdale, Isabel: va a desmayarse.

Andrés (abre los ojos) —No, no, ya pasó. Debía de ir a la casa.

Isabel.—Pero sabías que estaríamos felices teniendo noticias...

Andrés.—Sí: había empezado diciéndoles...

Isabel.—Descansa un rato más, Andrés. Esperaremos.

Andrés.—No, tienen que saber. Cuándo cayó Blasco...

Doña Ana.—Murió Blasco? vuestro jefe?

Andrés.—Sí, entre los primeros. Muerto él, hubo una hesitación. Estos hombres jóvenes, sin uniformes, sin entrenamiento...

Doña Ana.—Se lo decía a Isabel: una locura...

Andrés.—A Marco le debemos que eso no se haya vuelto un desastre. Por sí mismo, tomó el mando, dio las órdenes...

Isabel.—Marco?

Andrés.—Sí, Marco. No lo habrías conocido.

Angélica.—A tí, Andrés, siempre te conocerán.

Andrés.—No me envanezco de ello, Angélica. Con algo de suerte entramos en el fortín sin perder mucha gente.

Isabel.—Es el éxito, entonces?

Andrés.—Aquí, sí. Creo que se levantó toda la provincia... Ahora es asunto de los jefes. En cuanto a nosotros, hicimos lo que nos tocaba.

Doña Ana.—Pero hay que seguir, Andrés, seguir en el éxito también...

Isabel.—Es verdad, Andrés, nada nos dijiste de tí.

Andrés (se alza de hombros) —Yo? Hice como los demás.

Isabel.—Nada más?

Andrés (sacude la cabeza) —Cada uno hace lo que puede, como un creyente, porque tiene la fe... (con angustia) Temo no tenerla más...

Angélica.—Pobre Andrés...

Andrés.—Sí, pobre Andrés. Tántas miserias, tántas destrucciones...

Isabel.—Pero era necesario, Andrés, para nuestra dignidad, nuestro derecho a vivir.

Andrés.—Por supuesto: es lo que dicen todos. El cansancio debe volverme loco... (se coge la frente entre las manos) pero no pude dejar de ver a todos esos guardias, también, que fueron aniquilados.

Doña Ana.—Aniquilados?

Andrés.—Se voló uno de sus locales, con todos los ocupantes. Por eso pudimos entrar, precisamente.

Doña Ana.—Es terrible, Andrés... pero había que escoger: ellos o vosotros.

Andrés (con desesperación) —Eso es lo que no entiendo más: del otro lado también, pensaban estar en su derecho. Entonces?

Isabel.—Pero era inicuo su poder.

Andrés.—Hoy, cómo se establece el nuestro?

Doña Ana.—No es lo mismo.

Andrés.—Cuando muere el hombre, por un lado o el otro, siempre es lo mismo.

Isabel (grave) —Vuestras intenciones eran puras: vuestra lucha fue para el bien común.

Andrés.—Son nociones tan teóricas, frente a la muerte... Pues murieron también, ellos, y eso no tiene arreglo.

Isabel.—No lo tiene, en verdad.

(Un silencio).

Andrés (trata de reaccionar) —Voy a volver a la casa. Me quedo aquí gimiendo, haciendo un papel de imbécil, de destruido, en lugar de ir a curarme. Bueno, voy a irme. (Se levanta, con dificultad. Dirigiéndose a Isabel): Adiós, victoriosa...

Isabel.—Hasta luégo, Andrés. Quieres que te acompañemos, si no te sientes bien?

Andrés.—No, no vale la pena. Yo también tengo mis compañeros.

Angélica.—Tus imágenes?

Andrés.—Mis víctimas: son mi desfile.

(Al salir, titubea un poco).

ESCENA X

Isabel, Doña Ana, Angélica

Isabel.—No me explico que Marco no haya llegado todavía.

Doña Ana.—De suceder las cosas como las contó Andrés, no pudo salir al momento, seguro. Piensa, las responsabilidades... Es un hombre importante, ahora. No podrá hacer lo que quiere, sin duda.

Isabel.—Soy yo lo que él quiere, lo sé.

Doña Ana.—Entonces, por qué te preocupas?

Isabel.—Estuve angustiada por tanto tiempo, madre: no sé muy bien lo que hago, ahora, con esa mezcla de esperanza y de temor, de vida y de muerte. Uno no se acostumbra tan fácilmente a la dicha.

Doña Ana.—La tuya tiene un sabor nuevo?

Isabel.—Extraño, por lo menos.

Angélica.—El sabor de la victoria...

(Un tiempo).

Doña Ana.—No oyes, Isabel? Algo como gritos, carreras...

Isabel (en la ventana; mira a la derecha) —Sí, es un grupo que viene por acá. No se distingue todavía a nadie... Están parados en la esquina de la calle. Discuten. Ven a ver, madre. También tú, Angélica.

Angélica.—Yo también? Y para qué?

Isabel.—Para esperar a Marco.

Angélica.—No, déjame ir.

Isabel.—Ahora no, Angélica. Espera un poco más. No quieres ver a Marco?

Angélica.—No me necesitas.

Isabel (sonríe) —Quién sabe, Angélica? (vuelta hacia la derecha) Pero parece ser él, madre, en medio del grupo: lo reconozco. Habla todavía, da órdenes: ríe. Cómo ríe, ahora...

Angélica.—Viene para acá?

Isabel.—Sí... No, todavía no. Sigue parado. Nunca lo dejarán venir entonces?

Doña Ana.—Paciencia, Isa. Ya esperaste tanto. No es nada ahora, unos minutos más.

Isabel.—Los últimos son los más largos.

Doña Ana.—No vas a llamarlo, sin embargo?

Isabel.—De atreverme, lo haría. Por fin, se van. (Vuelve a entrar).

Doña Ana.—No quieres recibirla?

Isabel.—No sabría qué decirle.

Doña Ana.—Después de haber esperado tanto... Pero no puedo quedarme sola aquí, con Angélica. No es por nosotras por quien viene.

Isabel.—Compréndeme, madre: tengo miedo de mí, ahora; me da miedo no entender, parecerme muy niña, junto a él.

Doña Ana.—Es lo que va a pasar, si sigues así. Semejantes niñerías...

(Entra Marco).

ESCENA XI

Isabel, Doña Ana, Angélica, Marco

Marco.—Bueno: aquí también caigo en la batalla?

Isabel.—No, Marco, no: era mamá que me decía...

Doña Ana.—Le recomendaba más valor.

Isabel.—Pero...

Marco.—Qué fue lo que la asustó: el combate?

Doña Ana.—Usted, Marco. Llega precedido por tal gloria, que hasta es difícil conocerlo.

Marco (sonríe) —Ya les dijeron? Siempre se exagera mucho, saben.

Isabel.—Estoy segura que no: se ve en tus ojos.

Marco (ríe) —Pues si me traicionan mis ojos... Es nuestra victoria la que te asusta, Isabel?

Isabel.—Ya ves que mamá se burlaba de mi.

Marco.—Es que de verdad tienes una expresión tan nueva... (Un silencio).

Doña Ana.—Pues es verdad, Marco, todo lo que dijeron de usted?

Marco.—Qué dijeron?

Isabel.—Pues se nos ha contado que...

Marco.—Quién?

Isabel.—Andrés: se quedó unos minutos, y se fue a que lo trataran.

Marco (sin expresión) —Estaba herido?

Isabel.—Lo parecía. Pero ahora se trata de tí, de tí que tomaste el mando...

Marco.—Alguien tenía que hacerlo.

Isabel (apenas sonríe) —No es un reproche, Marco. Dijeron que habías salvado la situación...

Doña Ana (entusiasta) —Cuentan que a usted se debe la toma del cuartel.

Marco.—Y cómo le parece, doña Ana?

Doña Ana.—No se hacen tales preguntas, Marco. Maravilloso, pues.

Marco.—Y a tí, Isabel?

Isabel (vacila un instante) —A mí también, por supuesto.

Marco.—No pareces muy afirmativa.

Isabel.—Sí, Marco, lo soy. Pero... (vacila) no puedo alegramse de ello.

Marco.—Son las víctimas las que te chocan? Yo también podría figurar entre ellas...

Isabel.—Cómo te vuelves de malo, de repente... No, no es esto. Pero esperé tanto, temiendo lo peor: no llego a ver, a creer en la victoria.

Marco.—Sí, sí... Tampoco yo pude analizar muchas cosas: esa salida rápida, ese tiroteo, el ataque entre los muros derruidos...

Isabel.—Y ahora, tantos hombres que te obedecen...

Marco (con una modestia fingida) —Me lo pidieron: no puedo desilusionarlos. Es preciso que alguien represente la provincia.

Isabel.—La provincia? Pero la sublevación apenas empieza.

Marco.—No, tenemos noticias frescas. Nos sigue todo el país. A no ser que ocurra lo imprevisto, la victoria es nuestra.

Isabel.—Entonces... entonces eres tú el jefe de toda la región?

Marco (apenas reacio) —Pues sí...

Isabel.—Ah...

(Despacio Angélica se fue hacia la puerta. En el dintel, se vuelve):

Angélica.—No te lo había dicho, Isabel?

(Y sale).

ESCENA XII

Isabel, Doña Ana, Marco

Marco.—Y qué te había dicho?

Isabel.—Que volverías, victorioso, entre los gritos y las antorchas; y no podía creerlo: la batalla seguía tan larga, tan eterna, esta mañana, mirando todas las señales, escuchando todos los ruidos. Me volvía loca, sabes...

Marco.—Escuchas mucho a esta niña, Isa, la mimas, la atiendes mucho... Tengo la seguridad de que te desalienta.

Isabel (con un reproche) —Marco...

Marco (sonríe) —Sí, lo sé, te dije que volvería: hasta te dije la

verdad. Para anunciar el éxito, mis amigos van a recorrer la ciudad, en marcha de antorchas, antes de mi salida.

Doña Ana.—Tendremos que ir, Isa: no es así?

Marco.—No tendrán que alejarse mucho, además. Pasará por aquí cerca (Se levanta, va a la terraza). En la esquina de la avenida, ahí, la primera.

Doña Ana.—Verdad que apenas son dos pasos. Bajo un momento, Isabel. Me perdonará usted, Marco. Los quehaceres del hogar, usted sabe...

Marco (una sonrisa) —No sé todavía, pero tendré que aprender.
(Sale Doña Ana).

ESCENA XIII

Isabel, Marco

Marco.—Me enseñarás, verdad?

Isabel.—Vas a tener otras ocupaciones.

Marco.—Pero tú ya no las tendrás. Podremos por fin empezar a vivir... (Un silencio). No estuviste muy inquieta, mientras tanto?

Isabel.—Loca: me iba de un cuarto al otro, en cada instante metida en la ventana, tratando de adivinar algo...

Marco.—Cómo fuiste de imprudente: te podían matar.

Isabel.—Sí, una bala pasó por encima de mi cabeza. Ves? (Le muestra la pared). Pero dice Angélica que estoy sagrada...

Marco.—Para mí sólo lo eres, no para ella. Dios sabe cuántas extravagancias te habrá contado...

Isabel.—Qué quieras, Marco? Es mi hermana.

Marco.—Bien lo sé.

Isabel.—La consideras extravagante. Cuando la escucho, la veo más bien inspirada.

Marco.—Sí, sí... Hablemos de otra cosa, quieras?

Isabel.—Te hablé de ella porque me lo pedías, Marco. Mi vida es tan unida a la de ella...

Marco.—Es la tuya la que me interesa. Me divierten sus apuntes, por supuesto, pero no hay que concederles mucha importancia. Tantitas cosas graves, ahora, exigen nuestro interés...

Isabel.—Hablas como un hombre maduro, Marco, un hombre responsable.

Marco.—Talvez. Aun cuando no lo quiera, estas pocas horas me cambiaron. Hicieron de mí un ser distinto, más profundo. Me escuchas?

Isabel.—Sí.

Marco.—Más profundo... quiero decir más equilibrado. Al luchar, empecé a entender ciertas cosas, a enterarme de un cierto orden, de ciertas necesidades vitales. Me entiendes?

Isabel.—Te escucho.

Marco.—A mi modo de ver, mi vida está organizándose. Empiezo a ver lo esencial, lo que merece nuestra atención, nuestro esfuerzo. Y la estabilidad que encuentro justifica, en el fondo, toda la incoherencia que precedió.

Isabel (con indefinible acento) —Sí, encontraste tu razón de ser.

Marco.—Eso es, en realidad; o más bien una justificación.

Isabel.—Tú, Marco, tú necesitas justificación?

Marco.—Tal vez sí. No me gustaría hacer una cosa sin una razón, sin un motivo legítimo.

Isabel.—Cómo cambiaste...

Marco.—Hasta mi presencia aquí, ves, me viene dando esta impresión de equilibrio, de recompensa.

Isabel.—Ah... es una recompensa, para tí?

Marco (grave) —Sí, Isabel. Ya que era para conquistarte, me parece ahora natural haber matado, haber arriesgado mi vida.

Isabel (junto a él) —Talvez no era indispensable...

Marco.—Para mí, sí. (Se besan). Isabel...

Isabel.—Por fin, Marco, por fin...

Marco.—Por fin, qué?

Isabel (un suspiro) —Por fin vuelvo a encontrarte. Temía que ya no fuera yo tu Isabel.

Marco.—La eres más que nunca: una Isabel nueva. Mi compañera, mi vigilante prudencia...

Isabel.—Todo eso, Marco? Crees que voy a saber?

Marco.—Te enseñaré.

(Un silencio).

Isabel.—Como todo está tranquilo, ahora. Nunca diría uno que han sucedido tantas cosas hoy. Tantas cosas que no conozco, que no me dices...

Marco.—De qué quieres que te hable?

Isabel.—De tu victoria.

Marco.—No vale la pena; (con una sonrisa) los periódicos te informarán mejor.

Isabel (un murmullo) —De tí lo quería saber.

Marco.—No, Isa, no. No sabría que contarte. Todo eso forma en mi como un fresco grande, un conjunto. No sabría que sacar de él.

Isabel (alzándose de hombros, apenas) —Está bien, pues. Esperaré los relatos oficiales.

Marco.—Tanto te interesa esto, Isabel?

Isabel.—Me interesa lo que hiciste.

Marco.—Hice... hice lo que tocaba hacer. Me pareció que entendía la situación, y tuve algún éxito. Tanta suerte hay, en todo esto...

Isabel.—También hay tu participación. Quiero estar orgullosa de tí.

Marco.—Lo podrás estar más tarde, cuando vuelva...

ESCENA XIV

Isabel, Marco, una voz

Una voz (en la calle) —Marco, Marco...

Isabel.—Te llaman, aquí? Espera, voy a contestar que ya te fuiste.

Marco.—No, no, déjame contestar (Se dirige a la ventana) Qué hay?

La voz.—Todo va a estar listo, en la gobernación. Vine a avisarte. Sabes: no pueden hacer nada sin tí.

Marco (una voz dura) —Sí, lo sé. Diles que voy a llegar....
(Vuelve).

ESCENA XV

Isabel, Marco

Isabel.—Pero no te vas a ir, Marco? Volverás en seguida? No me quieras dejar?

Marco (abrazándola) —Es necesario, Isa. Ya lo ves. Me necesitan
Isabel.—Yo también te necesito.

Marco (acariciándole los cabellos) —Hay que ser razonable, mi bien. A ellos también les pertenezco.

Isabel.—Entonces, es esto todo lo que habré tenido de tí: unos minutos no más antes de que te vayas?

Marco.—Cuentan ellos conmigo: no los puedo abandonar.

Isabel (hiriente) —Pierde cuidado: si no vas, encontrarán fácilmente alguien que los dirija.

Marco.—No voy allá con tal fin: voy para serles útil, para servirles.

Isabel.—Y yo? No me eres útil, a mí?

Marco.—No se trata de esto.

Isabel.—Ah... pues si no se trata de esto...

Marco.—Pero entiéndeme, Isabel. Tengo que cumplir con una misión, con un deber...

Isabel.—Es un deber que tú te estás imponiendo. Ya hiciste más que cumplir con él.

Marco.—Tengo que seguir, que llevar a cabo lo que empecé.

Isabel.—No empezaste también a quererme?

Marco.—No dejo de quererte, Isabel, pero...

Isabel (un reproche) —Me quieres, Marco, y dices "pero".

Marco.—No puedo obrar de otro modo. Tengo que enfrentarme con nuevas responsabilidades, hoy. Te gustaría que huyera de ellas?

Isabel (de repente, con excesiva calma). —A tí, Marco, a tí toca decidir lo que te parece mejor.

Marco.—Ya sabía yo que acabarías entendiendo, mi bien. Nada cambió entre nosotros, lo ves?

Isabel.—Sí, sí...

Marco.—Qué quieres? Es duro, lo sé, pero tengo que ir. Tengo que cumplir con mi cargo, ahora.

Isabel.—Lo sé, Marco, no te hago reproches.

Marco.—Sinceramente?

Isabel.—Sí, de verdad.

Marco.—Me volverás a ver en unos minutos. El desfile pasa muy cerca: mostré el sitio a tu madre.

Isabel.—Es verdad: tienes tu desfile, tú también.

Marco.—También? Y eso por qué?

Isabel.—Por nada. Vete ahora, mientras tengo valor.

Marco.—Ahora sí, Isa, te vuelvo a encontrar, tal como quería.

Isabel (con una vaga sonrisa) —Entonces véte. Te miraré, de lejos.
Marco.—Sí, no te acerques. No me gustaría que te fueras en la muchedumbre.

Isabel.—No te preocupes. No me iré.

Marco.—Informarás a tu madre cómo me tuve que ir. Ella entenderá.

Isabel.—Por supuesto: entendemos, aquí. Es nuestro oficio entender.

Marco (abrazándola) —No estás resentida conmigo, Isa? Entiendes que tengo que repartirme...

Isabel.—Sí, lo veo. Adiós, Marco.

Marco (en la terraza) —Hasta luégo, Isa. Hasta pronto. Te haré una señal, al pasar.

Isabel.—Sí, sí...

(Se oye a Marcos, corriendo. Despacio, Isabel vuelve a entrar).

ESCENA XVI

Isabel, Angélica

Isabel.—Mamà! Angélica! (Nadie contesta. Se va a la derecha, abre la puerta). Angeliquita!

Angélica (aparece) —Estás sola?

Isabel.—Sola, sí.

Angélica.—Por qué se fue Marco?

Isabel.—Porque debía, Angélica. Tenía que cumplir con su deber, entiendes? Su deber.

Angélica.—Su deber? Dónde está?

Isabel.—No sé, niña mía; aquí no, en todo caso.

Angélica.—Ah... (piensa) y qué harás tú, mientras tanto?

Isabel.—Nada.

Angélica.—Vino tu dicha?

Isabel.—Vino, Angélica, sí vino... (La coge contra ella). Cuéntame cuentos... (su voz se ahoga).

Angélica.—Si eres feliz, ya no tengo nada que contarte.

Isabel.—Háblame, sinembargo.

Angélica.—De verdad? Me necesitas todavía?

Isabel.—Siempre, àngel mío. No quieres ya llevarme contigo, en tu gran escalera blanca?

Angélica.—Eres muy grande ahora, pero te lo diré todo: ya no tendré secretos para tí. Todo será como antes.

Isabel.—Como antes...

(Doña Ana entra).

ESCENA XVII

Isabel, Angélica, Doña Ana

Doña Ana.—Estás aquí Angélica? No sabía por dónde se había metido.

Isabel.—La llamé cuando se fue Marco.

Doña Ana.—Ya se fue?

Isabel.—Sí, debía ir al desfile. Te presenta excusas por no despedirse...

Doña Ana.—Si hubieras salido, Isa, habrías visto el movimiento, la alegría en la ciudad. La gente se para, discute, cambia noticias: no se habla sino de él... Cómo estarás de orgullosa!

Isabel.—Lo estoy, madre... pero no esperaba eso. No me hacía falta tanta gloria.

Doña Ana.—Me desconciertas, Isa.

Isabel.—En qué? Me cuesta trabajo unirme a esta alegría. Todos ganaron: yo...

Doña Ana.—Tú... No veo adónde quieres ir a parar.

Isabel.—A ninguna parte, madre. Marco me enseñó tan perfectamente sus planes que me siento ya alistada, hoy, clasificada...

Doña Ana.—No te alegras de que haya pensado tanto en tí?

Isabel.—Sin duda, madre, aprecio el puesto que me reserva en su existencia. Pero pensaba yo ser la única en ocupar ese puesto...

Doña Ana.—Exiges demasiado, Isa. Más que todo hablando de un hombre como Marco. MÁS bien debías pensar en ayudarlo.

Isabel.—No me lo pidió.

Doña Ana.—Qué quieras? No puede pensar en todo. La victoria, el desfile, la organización de la región...

Angélica (que mientras tanto se había ido a la terraza, hace señales a alguien en la calle): —Andrés, Andrés...

(Entra Andrés).

ESCENA XVIII

Isabel, Doña Ana, Angélica, Andrés

Andrés.—Me estabas llamando tú, Angélica?

Angélica.—No quieres venir a acompañarnos?

Doña Ana.—Es una niña, Andrés: hay que perdonarle. Estas mejor ahora?

Andrés.—Oh, no era muy grave: unos cascos que me sacaron...

Isabel.—Y te quedaste de pies, paseándote?

Andrés (sonríe) —El heroísmo está de moda hoy.

Isabel.—Sí, sí, lo sé...

Doña Ana.—Lo dices en broma, Andrés, pero lo decía hace un minuto: hay algo cambiado en la ciudad, un aire nuevo, en donde una respira mejor...

Andrés.—MÁS que todo oí hablar del desfile.

Angélica.—Vendrás conmigo, Isa?

Isabel.—No, amor mío, no pienso ir. Además, se verá muy bien desde aquí.

Doña Ana.—Sin duda, pero lo más bello será en el centro, con el entusiasmo de la muchedumbre y las antorchas a todo lo largo.

Isabel.—Habrá antorchas?

Doña Ana.—Sí, lo oí decir.

Isabel.—Y tú, Andrés, tú te irás?

Andrés.—Todavía no lo sé. Estas fiestas, lo puedes pensar, aun con antorchas...

Isabel.—No hables mal de las antorchas, Andrés: sus llamas hacen sombras tan maravillosas.

Andrés.—Pensaba en los atropellos.

Angélica.—Ven, Isa.

Isabel.—No, prometí que no iría: dile a mamá que te lleve con ella.

Doña Ana.—Por supuesto: puede muy bien venir conmigo, si se compromete en no alejarse de mí. Dile tú, mientras me preparo...
(Sale). (La noche está llegando).

ESCENA XIX

Isabel, Angélica, Andrés

Isabel.—Angel mío, estarás formal? No te irás, no te alejarás de mamá, me lo prometes?

Angélica.—Me habría gustado más ir contigo.

Isabel.—No se puede, mi niñita. Me prometes que estarás formal?

Angélica.—Te quedarás sola, pues?

Andrés.—Sí, se quedará sola. Voy a retirarme.

Isabel.—Al desfile, también?

Andrés.—No, a la soledad.

Isabel.—Quédate un momento más.

Andrés.—Unos minutos, pues. Tu madre tal vez se enoje de vernos solos...

Isabel.—Qué idea, Andrés... (Un silencio). Piensa tú: la novia del gran hombre...

Andrés.—No te burles, Isa: fue tal vez él quien nos salvó.

Angélica (en la terraza) —Ven, ven, Isa: se ven luces que corren por todas partes. Es esto, el desfile?

Isabel (se acerca) —Todavía no, pero pronto vendrá. Te diviertes?

Angélica.—Por qué no vienes, Isa? Sin tí, no podré tener alegría.

Isabel.—No, mi bien. Te irás con mamá, y volverás muy formal con ella. Prometido?

Angélica (con un suspiro) —Ya que loquieres... Díme, por qué noquieres venir?

Isabel.—Por una promesa que hice.

Angélica.—A quién?

(Doña Ana entra).

ESCENA XX

Isabel, Doña Ana, Angélica, Andrés

Doña Ana.—Es el último momento para irnos.

Andrés.—También yo me voy a ir.

Doña Ana.—No, Andrés, quédate.

Andrés.—No quisiera que...

Doña Ana.—Es un servicio que te pido. Temo un poco dejar a Isa sola, en esta ciudad todavía trastornada...

Isabel.—Ya ves...

Doña Ana.—Ahora me voy. Vénte, Angélica. (Se vuelve). Hasta luégo.

Isabel.—Hasta pronto: cuídate bien de mi hermanita.

Angélica.—Pierde cuidado, Isa: yo no quiero perderte. (Salen).

ESCENA XXI

Andrés, Isabel

Andrés.—Te perdió alguien?

Isabel.—En lo más mínimo. Esta niña tiene a veces unas fórmulas...

Andrés.—Sí: fórmulas proféticas.

Isabel.—Sería decir mucho.

Andrés.—Te lo aseguro. A menudo hablamos: abre por momentos unos horizontes...

Isabel.—Extraños, no es así?

Andrés.—Bastante, sí. Es Marco quien te pidió quedarte en casa?

Isabel.—Sí. (Un tiempo). Pero es a mamá a quien lo prometí.

Andrés.—Para conservar tus ilusiones?

Isabel.—Qué quieras decir?

Andrés.—Perdóname, Isa: cuando pasé, hace un momento, oí vuestra discusión. Tu mamá te aconsejaba la resignación...

Isabel.—Y ahora me va predicando el entusiasmo. Cambiaron nuestros papeles.

Andrés.—Me hago reproches, por la parte que tal vez me corresponda.

Isabel.—Sí, Andrés. A tí debo sin duda esta transformación, esta... perspicacia.

Andrés.—Triste regalo te hice yo.

Isabel.—No te arrepientes, Andrés. A mí me conservaste. Sin tus palabras, estaría allá.

Andrés.—Sería mucho mejor.

Isabel.—Tú mismo no crees en lo que dices, Andrés. Qué quieras? Soy como tú. Yo también tengo mis desfiles...

Andrés (junto a la ventana) —Menos complicado éste.

Isabel.—Tú, Andrés, que te fuiste a luchar, que estuviste en peligro de morir por qué no te fuiste con tus compañeros?

Andrés.—En verdad, no lo sé. Por aburrición será.

Isabel.—Mentira. Si no estás allá, es porque te sentirías más solo aún, frente a tantos gritos, a tanto alboroto.

Andrés.—Tal vez sí. No me gusta mucho esta explotación de la desgracia, sabes, ese remate con la muerte. Me fastidia todo ese ruido.

Isabel.—Son los clamores de la victoria.

Andrés.—Este es mi reproche. Esta victoria había hecho nacer en nosotros...

Isabel.—En tí, Andrés...

Andrés.—Había hecho nacer una esperanza nueva. Se esperaba Dios sabe qué, una anunciaciόn, un mensaje...

Isabel.—Y es una marcha de antorchas.

Andrés (con amargura) —Debemos equivocarnos, Isabel. No es posible que nuestro sacrificio dé tales frutos. No sabemos ver.

Isabel.—Lo crees?

Andrés.—Tenemos qué creerlo.

Isabel.—Por qué tratar de convencerte? En el fondo de tí mismo, sabes que tenemos razón, que nada más hay en esto.

Andrés (con desesperación) —No puedo, no quiero admitirlo... Entonces, esa larga charla con la muerte, el dόn de nuestra juventud, de nuestra existencia, no era sino eso?

Isabel.—Sus intenciones son buenas, Andrés.

Andrés.—Cuáles intenciones?

Isabel.—No sé: las de Marco, por ejemplo. Reconstruir, restablecer, reevaluar...

Andrés.—Con qué derecho?

Isabel.—No se lo preguntaron, Andrés: obran, ellos. Es su razón de ser.

Andrés.—Son sus palabras las que empleas, no las tuyas.

Isabel.—Tal vez sí. Para mí también tengo que encontrar una razón de ser, un motivo; (sonríe con amargura): en cuanto a él, él buscaba una justificación: todavía no la tenía...

Andrés.—Eres injusta para con él.

Isabel.—Y él, qué es conmigo? No represento para él un motivo suficiente? Pronto tendrá que buscarse excusas para conservarme su amor...

Andrés.—Cuánto lo quieras, Isa...

Isabel (sigue) —Por ser mi novio, por ser victorioso, establece diferencias, equilibrios. Una parte para la acción, una parte para la ternura...

Andrés.—Càllate, Isa...

Isabel.—No, no quiero callar. Esta gente que se va, que pasa por la calle, esos seres versátiles, los prefiere a mí, esos que hoy lo aplauden, que mañana lo escarnecerán...

Andrés.—No se obra en vista de la recompensa.

Isabel.—Estás equivocado. Marco, lo ves, por ser jefe, se encontró un alma de contabilista: aquí el debe, ahí el haber...

Andrés.—Pero te quiere.

Isabel.—Querer no es eso. Lo que él quiere, es el puesto que me reserva. Entiendes: no puedo estar sola en él: estaría en peligro de quiebra...

Andrés.—Cruel...

Isabel.—Me reprocharías esto, tú?

Andrés.—No puedo contestarte. (Un tiempo). No vienes a la terraza, a ver las luces?

Isabel.—No las quiero ver: no me hacen falta.

Andrés.—Ven, Isa. Te haces sufrir inútilmente... te desgarras... y acabarás volviendo a él.

Isabel (va hacia él) —No entendiste entonces?

Andrés (apartándose) —Mira la marcha de las antorchas, Isa. Eso, eso es el orden, el éxito, la victoria. Mira las antorchas, Isa, mira las luces...

Isabel.—Veo unas sombras, no más, y humaredas que se lleva el viento.

Andrés.—Escucha los gritos. Oyes? Gritan: "Viva Marco!"

Isabel.—Otros gritos oigo en mi corazón. Me equivoqué, Andrés. Creí amar la victoria...

Andrés.—La quieres, Isabel.

Isabel.—Esta no.

Andrés.—Oyes los aplausos, los cantos de alegría?

Isabel.—Podrán cubrir los gritos de sus víctimas? Tanto ruido, tanto alboroto, cuando sólo convendría el recogimiento...

Andrés.—Hay que perdonarles, Isa. Tratan de olvidar.

Isabel.—Marco también, no es así? Hablaba de responsabilidades: lo que huye en esa muchedumbre, es a sí mismo... y a mí.

Andrés.—A él, le quedas.

Isabel.—No, ya no más, Andrés.

Andrés.—No te creo. Volverás, más glorioso aún, y entenderás, admitirás...

Isabel.—Ya no más, Andrés.

Andrés.—Míralos allá, en su desfile. Todo eso es para él. Cederás, compartirás su gloria... (amargo) Tiene algo que compartir.

Isabel.—Ya no más...

Andrés (contra ella) —...su gloria.

Isabel (en sus brazos) —No más, Andrés. Su gloria, sí puede compartirla. Yo...

Andrés.—Tú, Isabel...

Isabel.—Yo... es muy tarde.